



Los valores y las actitudes

Tiempos de crisis, tiempos de cambio, una oportunidad para el crecimiento personal y social

En este documento voy a procurar recoger los aspectos más significativos de las intervenciones que realicé en el Congreso sobre los Valores en Educación Infantil; la primera de ellas en forma de taller y la segunda como conferencia.

Durante aquel encuentro fueron expuestas ideas muy interesantes, algunas de las cuales encontraréis de nuevo en este escrito, en el que se pone especial énfasis en las que a mi entender son significativas desde la perspectiva de mi particular visión acerca de los valores y las actitudes.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA O, LO QUE ES LO MISMO, UN MAL PRINCIPIO NO COMPORTA NECESARIAMENTE UN MAL FINAL

A pesar de los tiempos que corren nadie puede poner en duda que los seres humanos hemos hecho grandes avances y estamos mejor que nunca. También es cierto, sin embargo, que no hace falta ahondar mucho en nuestra realidad más próxima, o lejana, para encontrar algunas situaciones que no marchan todo lo bien que sería deseable¹:

- Nos encontramos frente a una contradicción preocupante, de graves consecuencias a corto y largo plazo, entre la evolución tecnológica de nuestra sociedad occidental y el aumento de la dependencia y la inestabilidad en los países en vías de desarrollo.
- La ingente cantidad de información con la que tenemos que manejarnos. Basten como ejem-

plo dos detalles: hace 200 años, la información de la que disponía una persona cualquiera, a lo largo de toda su vida, era, más o menos, la misma que utiliza un estudiante universitario en un solo día. Es más, dentro de no mucho tiempo, unos pocos años, el conocimiento y la información que existirá en un momento determinado se duplicará cada 80 días; algo realmente sorprendente a la vez que difícil de digerir.

- Cada vez se muestra de forma más manifiesta la influencia de los medios de comunicación (que parecen regir buena parte de nuestros hábitos cotidianos) y su dependencia de los poderes políticos.

- Asimismo, la violencia, el miedo y la inseguridad, que

aumentan a diario tanto a nivel local, por los desajustes sociales, como a nivel internacional, a causa de los radicalismos de diversa índole.

- No podemos pasar por alto la aparición, cada vez más frecuen-



te, de enfermedades mentales de diversa tipología. En la actualidad, el suicidio es la causa de muerte violenta más común, y se pronostica que, cuando lleguen a la madurez, los niños y niñas que ahora están en las clases de parvulario sufrirán dificultades mentales importantes en una proporción de uno a tres; un dato escalofriante por su contundencia y por su proximidad.

■ También, la tendencia de nuestra sociedad a menospreciar la vejez, a esconder la enfermedad, a dejarse llevar por los estándares corporales impuestos por la publicidad, con todas sus consecuencias (anorexia, insatisfacción crónica, etcétera), y a hacer de la muerte un tabú en aras a una vida lo más longeva posible.

■ Cada vez más, maestros y padres se sienten desconcertados frente a los cambios a los que han de hacer frente en su tarea educativa, y que tienen claras consecuencias: sobreproteccionismo; falta de límites; influencia de los medios de comunicación de masas y de los mal llamados programas infantiles, incluidos los dibujos animados, que suelen ser mediocres e incluso inmorales; la eternización de la adolescencia; la falta de estímulos para el aprendizaje...

En fin, que son muchos los elementos que dan cuenta de una realidad no excesivamente halagüeña de la que podríamos hacer una lectura bastante apocalíptica si pensamos que todos estos fenómenos acabarán conducién-

nuestra desmesurada afición a lo cognitivo, nos estuviera dando una señal de alerta para informarnos de que alguna cosa no está marchando bien en nuestro organismo.

A veces hacemos caso omiso a esas señales, a veces buscamos un remedio inmediato en la medicación para ocultar los síntomas. Si hacemos caso omiso, el cuerpo sigue adelante, pero llega un día en que, por mera acumulación de malestar, se rompe gravemente. Si lo ocultamos con la medicación, lo único que hacemos es frenar los síntomas sin resolver el problema, con lo cual también llegará un día en que nos habremos hecho inmunes a esa medicación y también nos quebraremos. Sólo hay una salida

básicamente hemos de pensar en el desarrollo de un sistema de actitudes que sea integrador de todas las dimensiones de la



■ Se está produciendo una falta significativa de maestros en diversos lugares de Europa a raíz del aumento de las depresiones, los problemas corporales cronificados y las somatizaciones, entre otros malestares en el colectivo de docentes, junto a la falta de reconocimiento social y a las presiones a las que constantemente nos vemos sometidos por un exceso de demandas y responsabilidades.

donos a un nivel de destrucción irreversible. Sin embargo, no es ésa mi intención; más bien me gustaría hacer una lectura de todas estas circunstancias en clave de cambio.

Cuando caemos enfermos, por un simple resfriado o incluso por alguna afección un poco más grave, de alguna manera es como si nuestro propio cuerpo, un recurso básico del que pocas veces somos conscientes por

factible: tomar conciencia de lo que nos está ocurriendo y tener confianza en que podemos encontrar remedios más eficaces a largo plazo que, sin duda, tendrán que pasar por un cambio a distintos niveles: nuevos hábitos alimenticios, modificación de nuestras costumbres sedentarias, actitudes corporales y mentales más flexibles, etcétera.

Frente a la situación a la que me estoy refiriendo desde un

punto de vista social y educativo, podemos hacer exactamente lo mismo que con nuestras enfermedades más corrientes.

Podemos ignorar que algo está pasando y dejar que el tiempo y las circunstancias marquen nuestro rumbo, escondiendo la cabeza debajo del ala, como hacen los avestruces; podemos intentar buscar soluciones drásticas para erradicar de cuajo los problemas, por ejemplo, con más policías, con más cárceles, con penas más duras, con una enseñanza más autoritaria, más conductista, que se centre en el esfuerzo y en los buenos resultados de unos pocos... En definitiva, con más control y con un sistema más rígido. Sin embargo, sabemos por experiencia que ni una postura ni



vivimos en el epicentro de
una paradoja que nos
sitúa entre la estabilidad y
la dispersión



la otra pueden aportar soluciones factibles a largo plazo que contemplen a las personas, y al mundo en general, en su dimensión más global.

Pero también podemos plantearnos la necesidad de generar nuevas perspectivas, nuevas miradas sobre esos hechos; podemos reflexionar sobre todo lo que nos está pasando, sacar conclusiones que permitan comprender de una forma interactiva

las causas y buscar soluciones creativas ajustadas a cada una de las situaciones. A mi entender, tenemos que seguir esta última vía, tomando en consideración todos esos toques de alerta, aprovechándolos para seguir avanzando, utilizándolos como excusa y motor para el cambio. No podemos rendirnos y tirar la toalla; debemos mantener un cierto nivel de optimismo, ser críticos en lo genérico pero firmes de espíritu en lo concreto.

Con el objeto de dotar de un poco de contenido a esta filosofía, pienso que, a parte de otras perspectivas desde las que podríamos abordar toda esta problemática, podemos centrarnos en dos ámbitos concretos que tenemos a mano: la dimensión afectiva y relacional y la dimensión educativa. Sin embargo, antes de abordar su análisis, me gustaría hacer un poco de historia sobre algunos aspectos que me parecen relevantes para nuestra refle-



xión, que no es otra que la de cuáles deberían ser los valores y las actitudes con las que nos debemos situar frente a esta época de nuestra evolución, tan crítica por las circunstancias con las que nos ha tocado convivir. Hemos empleado cinco mil millones de años para llegar adonde estamos ahora², y hay tres fenómenos que llaman la atención:

- Continuamos estando constituidos por la misma materia y energía que ya existía en los orígenes, a las que sólo se ha añadido la información. Esto nos recuerda que somos seres increíbles a la vez que insignificantes.
- Continuamos siendo animales aunque hayamos incorporado capacidades superiores a nivel emocional, relacional y cognitivo.
- La proporcionalidad entre el paso del tiempo y la evolución de los últimos años es extraordinariamente desigual.

En definitiva, vivimos en el epicentro de una paradoja que nos sitúa entre la estabilidad y la dispersión. No es extraño, pues, que se generen muchas situaciones de desconcierto. Probablemente, aún seamos seres humanos incompletos, en proceso de humanización, y es posible que los avances tecnológicos nos hayan hecho suponer que estamos por encima del bien y del mal.

LA DIMENSIÓN AFECTIVA Y RELACIONAL

Este desajuste entre los avances tecnológicos y científicos y las realidades afectivas de las personas tiene mucho que ver con la organización del sistema nervioso y la estructura límbica³ y

cortical del cerebro. Es posible que se esté hablando poco de esta relación, y ello nos puede llevar a dejarnos cegar por los aspectos más formales que acompañan a la información, cuando, de hecho, éste desajuste tiene consecuencias muy significativas que nos impiden analizar la realidad desde otras perspectivas. Algunas de estas consecuencias explicarían las disfunciones de las que hablaba en un principio:

- Dificultades para comprender las diferencias emergentes entre géneros y roles. Somos una especie animal que hemos seguido un proceso evolutivo que ha durado miles de millones de años y no podemos sustraernos a los condicionantes que este hecho genera con la facilidad que parece que permitiría nuestra privilegiada posición en el escalafón evolutivo. Hay aspectos de nuestro género, como machos y como hembras, que todavía juegan un papel significativo en nuestras vidas; podemos avanzar en la culturización de los roles masculinos y femeninos, pero todo ello requiere su tiempo⁴.

■ El aumento de la incertidumbre y el desconcierto es un hecho que no podemos eludir. La vida actual comporta tener muy pocas cosas claras: no sabemos si mañana estallará una nueva guerra, ignoramos si un grupo terrorista bombardeará una central nuclear, no sabemos si habrá un nuevo hundimiento en las bolsas, ignoramos si nuestro lugar de trabajo está garantizado de por vida, no sabemos si contraeremos alguna

de las destructivas enfermedades de la modernidad... Hay tantas cosas que no sabemos y hay tantas otras que nos confunden que no es extraño que a menudo nos sintamos dispersos y expuestos a muchas calamidades, con la sensación de que no podemos hacer nada para modificar esas aparentes realidades.

- Todo esto se produce de forma paralela a la aparición –y a un aumento cada vez más considerable– de un sentimiento de desconfianza hacia nosotros mismos y hacia los demás, asociado a una sentimiento de impotencia que cada vez parece más evidente y que produce en nosotros una sensación de miedo e inseguridad que va en aumento.

■ Asimismo, la relevancia de una contradicción cada vez más significativa: vivimos en la sociedad de la comunicación y cada vez nos sentimos más solos e incomunicados.

Todo ello comporta un incremento significativo de la inestabilidad y el estrés, especialmente a nivel emocional y afectivo, que desencadena episodios de crisis relacionales a niveles diversos: personales, familiares, comunitarios, nacionales y supranacionales. Todo ello está vinculado a lo que ya señalaba antes, el secuestro amigdalario que conlleva actuar desde el cerebro límbico y su tendencia a obligarnos a defendernos o a atacar, como hacían nuestros antepasados frente a una situación de vida o muerte, algo que no es el caso en la actualidad. Esto afecta también a nuestro comportamiento sexual, afectado a veces por inhibición



(impotencia) y otras por explosión violenta (violación, abuso...). Todos estos aspectos tiene mucho que ver con los conflictos que atenazan a las parejas, a las propias familias, cuya estructura ha cambiado tanto y tan deprisa, y también al mundo laboral (el cada vez más difundido acoso moral), por no hablar de los conflictos en ámbitos más amplios.

LA DIMENSIÓN EDUCATIVA

Es más que probable que, frente a todas estas circunstancias, la mirada de la sociedad se dirija hacia la escuela. Seguramente, el sentimiento de impotencia frente a tanta inestabilidad y estrés haga que se depositen en la escuela las esperanzas de que desde ella es posible modificar un itinerario tan errático.

Ésta es una responsabilidad que a mi entender empieza a pesar demasiado en el colectivo de educadores y educadoras, que cada vez nos quejamos más de la presión que se ejerce sobre nosotros, y sobre la misma escuela, en el sentido de que debemos resolver todo aquello que la sociedad no sabe muy bien cómo manejar. Si las instituciones no toman cartas en el asunto, dentro de muy poco nos encontraremos como en otros países europeos, en los que no hay suficientes candidatos para ocupar las plazas de los maestros que se jubilan o las de nueva creación.

El problema puede radicar en que demasiadas veces las instituciones tienen la fantasía de que aumentando la presión y el control sobre el aprendizaje, redu-

ciendo al mínimo los objetivos a desarrollar en la escuela, planteando una disciplina más estricta, exigiendo más rendimiento a los docentes y aumentando el compromiso de las familias se van a conseguir unos resultados que difícilmente se podrán alcanzar con tales enfoques.

Si abordamos el análisis desde la dimensión de los valores, se podría mantener esta fantasía planteándolos como un contenido más a trabajar de una forma sistemática, imaginando que la suma de valores tratados monográficamente va a servir a los niños y niñas para desarrollar por sí mismos su generalización. Sin embargo, hoy sabemos que esta matriz sumativa no es válida para el aprendizaje y el cambio.

En el fondo, nos hallamos ante perspectivas vinculadas a supuestos culturales que presuponen que aquellos que tengan más información serán mejores competidores en la selva del mundo profesional, y que los valores han de servir para acatar una autoridad que planea por encima de todo, autojustificada por la necesidad de velar por cierto tipo de necesidades, a veces colectivas, a veces individuales.

UN MARCO DE REFERENCIA Y ALGUNOS RETOS

Estas concepciones están realmente muy alejadas de tres leyes universales que han permitido a

los seres humanos llegar hasta donde nos encontramos:

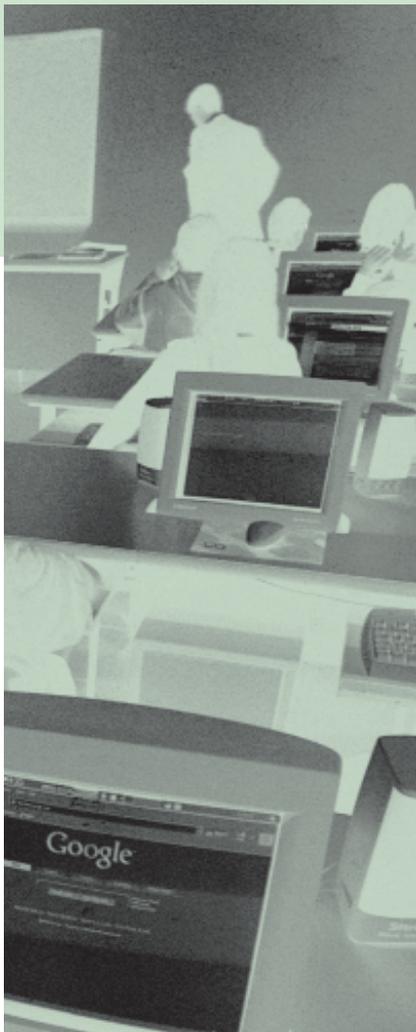
- La diversidad, que no es un valor de futuro, sino que es atemporal y una riqueza insustituible, frente a la homogeneización, vinculada a una interpretación sesgada de la globalización.

- La cooperación, frente a la competitividad, en un intento de erradicar los protocolos de poder y sustituirlos por protocolos de reconocimiento⁵.

- La autoorganización, frente a la tendencia al desorden y la confusión, acercándonos a una posición mucho más autónoma y responsable.

Estos tres aspectos conforman la complejidad⁶. Cualquier intento por simplificar, parcializar o jerarquizar la realidad y, por tanto, todo aquello susceptible de aprendizaje, incluidos los valores, es un enfoque reduccionista y destinado al fracaso a medio y largo plazo.

Por todo ello, se hace necesaria una perspectiva más general de la educación que contemple, como mínimo, estas tres dimensiones: la comunicativa –sólo en el marco de la comunicación significativa podemos hacer evolucionar esta realidad actual tan poco sostenible–, la sistémica –no es posible abarcar ningún aspecto de esta realidad sin tener en cuenta su interacción con todos los demás– y la ecológica, que conlleva una mirada mucho más global del hom-



bre y de sus asuntos en la dimensión del planeta.

Si, de forma más específica, abordamos el análisis desde la perspectiva de los valores, básicamente hemos de pensar en el desarrollo de un sistema de actitudes que sea integrador de todas las dimensiones de la persona. Y esto conecta con una idea que nos debe hacer reflexionar, en el sentido de que deberían ser justamente los valores más concretos –la honestidad, la sinceridad, la amabilidad, la ternura, etcétera– los que deberíamos abordar en la escuela para ayudar a fomentar los grandes valores, como el de la educación para la paz, entre otros muchos.

EL MARCO DE LAS ACTITUDES

Me interesa especialmente

hacer hincapié en este aspecto de las actitudes porque, a mi entender, éstas son las que han de fundamentar la consolidación de estos pequeños valores y las que ayudarán a desarrollar un proceso de comunicación que favorezca la consolidación de la resiliencia⁷. Me parece ilustrativo exponerlas como un proceso, más que como parcelas separadas:

1.- Escuchar, interesarse, a partir de una vivencia auténtica, procurando desprenderse de expectativas e interpretaciones subjetivas, y evitando quedarse pegados a la emoción y/o dolor del niño, o del otro, cuando pasa por una situación de dificultad.

2.- Reconocer, encontrarse con la identidad, saber respetar los sentimientos de los niños, entendiendo que muchas veces éstos esconden vivencias culpabilizadoras debido al secuestro emocional que genera el egocentrismo de la primera infancia, que dificulta el proceso de sociabilización.

3.- Acompañar, securizar, saber ponerse a su lado sin esperar una respuesta determinada, sin pasar factura de ningún tipo por nuestra proximidad y apoyo; en definitiva, aceptarlos y respetarlos tal y como son, incluido el modo en que viven su propio proceso, es decir, estar disponibles.

4.- Representar, recuperar los propios recursos, favoreciendo la expresión de sus vivencias a partir de todos los lenguajes y manifestaciones creativas (corporales, artísticas, cognitivas...); será a partir de estas diversas expresio-

nes cómo los niños adquirirán una mejor conciencia de sus propias capacidades, gracias al placer que emergerá en su desarrollo.

5.- Negociar, confiar y respetar, construyendo las bases para una confianza mutua real, revalorizando la función de las partes que comparten la experiencia así como la relación.

6.- Compartir la responsabilidad, desarrollar la autonomía, consolidándola de forma que no sea solamente funcional, sino que abarque todos los ámbitos de la vida como seres individuales y sociales que compartimos espacios y experiencias privadas y colectivas.

Este proceso tiene un sinnúmero de implicaciones y repercusiones:

- En el desarrollo de estas actitudes, el protagonismo de las personas implicadas (docentes, alumnos, familias, personal de servicio, etcétera) acaba compartiéndose: es un proceso de transformación mutua.

- Se trata de un itinerario que funda realmente las bases de la empatía, la seguridad afectiva y permite la autorregulación de la propia acción, contenida en una buena aceptación de los límites.

- Es también un proceso que permite pasar de las relaciones de poder a las relaciones de reconocimiento: un itinerario que facilita y asegura el paso del trauma a la resiliencia creativa.

- Todo este recorrido nos ayuda a recuperar la confianza en nosotros mismos, en los otros y en el valor de los vínculos afectivos



segurizantes. Dicho de otro modo: estamos ante un proceso que nos humaniza y funda la esperanza de los que lo tienen todo y no lo pueden apreciar, y de los que no tienen nada y creen que nunca les corresponderá ese derecho.

Finalmente, es un proceso que trasciende la visión monolítica e instrumental de los valores, porque permite construirlos desde la dimensión de la complejidad, huyendo de la simplificación, de la parcialización y de la didactización, y evitando, a su vez, culpabilidades instaladas en una cultura arcaica y, hasta cierto punto, acomodadiza.

Y aún podemos ir un poco más lejos. Todo lo planteado en este proceso me sugiere todavía un paso más allá, en el que el papel de los valores aparece en el mismo centro de su desarrollo, referido al proceso vital de convertirse en persona, que de alguna manera podríamos concretar en un itinerario de diferenciación y descentración, de separación, que permita a los niños –en el fondo, a todo el mundo– afianzar su identidad personal, social y ecológica, así como la consolidación de los aprendizajes (hacer, conocer, ser, convivir), y pasar por un itinerario de crecimiento personal que desarrolle la autonomía, la creatividad, la metacognición, la responsabilidad y la trascendencia; cinco conceptos que se enumeran muy rápidamente pero que contienen algunos de los aspectos más impor-

tantes de la humanidad y, por tanto, constituyen un reto de gran envergadura.

CAMBIOS PARA UNA APLICACIÓN PRÁCTICA SOSTENIBLE

Para terminar, intentando aterrizar un poco más en lo concreto, me gustaría plantear algunas directrices que sirvan para generar un cambio que nos permita una aplicación más sostenible, a cuatro niveles complementarios: en nuestra forma de intervenir; en nuestras actitudes personales; en el trabajo en equipo, la coordinación interetapas y la formación permanente, y en la vinculación de nuestro proyecto educativo a toda la comunidad:

En nuestra forma de intervenir

- Darnos tiempo, no correr, no anticiparnos innecesariamente.
- Ceder el máximo de protagonismo a los propios niños y niñas.
- Evitar las simplificaciones y las parcializaciones.
- Saber priorizar los contenidos a trabajar, poniendo especial énfasis en el mundo de los valores personales y relacionales.
- Vincular mejor las estrategias metodológicas, globalizando los distintos niveles de aprendizajes, abriendo espacios y grupos.
- Impregnar la escuela de conocimientos científicos y de valores culturales, dando entrada a profesionales de otros campos, y favoreciendo el retorno del espíritu crítico y creativo.

En nuestras actitudes personales

- Aceptar y respetar la diversidad de una forma auténtica.

- Favorecer la escucha significativa y la empatía.

- Mostrarse con la autoridad de una ley que ayuda a poner límites a la vez que seguriza física y afectivamente a los niños y niñas.

- Demostrar una gran confianza en las posibilidades de los niños.

- Desarrollar el pensamiento positivo.

- Aprender a la vez que aprenden los niños, mostrándonos como seres susceptibles de equivocarnos y capaces de rectificar.

- Ayudarlos a vivir en un nivel de incertidumbre soportable.

- Enfatizar la importancia de la cooperación y el desarrollo sostenible.

En el trabajo en equipo, la coordinación interetapas y la formación permanente

- Que permita compartir los aspectos prácticos, teóricos y personales.

- Que posibilite el desarrollo de las habilidades comunicativas necesarias para desplegar cualquier proceso educativo, facilitando distintos niveles de intervención.

- Que se sustente, y a la vez ayude a crecer, en el equilibrio emocional de todas las personas implicadas en el proceso educativo.

En la vinculación de nuestro proyecto educativo a toda la comunidad (del proyecto de vida personal al proyecto de vida comunitario)

- Es indispensable garantizar la participación de las familias.

- Se debería implicar a todos los estamentos sociales en la complejidad activa de este modelo educativo, preventivo, de crecimiento

personal, sustentado en las actitudes y los valores, y favorecedor de bienestar para todos sus miembros.

PARA TERMINAR

En definitiva, a pesar de que las cosas no están de la mejor manera posible, a pesar de que parece que nuestro tiempo ha perdido el rastro de unos valores que han de sostener el desarrollo armónico de las personas y las sociedades, a pesar de todo, es posible el cambio, es posible soñar con un mundo distinto regido por unos principios más acordes con los ideales que los hombres y mujeres siempre hemos perseguido. Es posible el cambio si tomamos en cuenta una buena parte de las cosas que en este documento he intentado presentar y justificar, además de otras muchas que otras personas han pensado y también puesto en marcha.

Lo que finalmente marcará la diferencia entre lo posible y lo real serán las acciones concretas que desarrollemos a partir de ahora, incluso aquellas que parezcan insignificantes. El reto de nuestro tiempo acaba concretándose en darle un sentido a nuestra vida y asumir la responsabilidad de llevarlo a cabo.

Carles Parellada Enrich

ICE Universidad Autónoma de
Barcelona

BIBLIOGRAFÍA

Además de los libros mencionados en las notas, me parecen sugerentes algunas otras lecturas:

Rebeca Wild. *Educación para ser*. Editorial Herder.

Jacques Delors. *La educación esconde un tesoro*. Unesco.

Victor E. Frankl. *El hombre en busca de sentido*. Editorial Herder.

Responder del otro: reflexiones y experiencias para educar en valores éticos. J.C. Mèlich, C. Poch y M. Fons (editores). Editorial Síntesis-ICE UAB.

Asha Phillips. *Decir no: por qué es tan importante poner límites a los hijos*. Editorial Plaza y Janés.

Humberto Maturana. *El sentido de lo humano*. Grupo Editor Latinoamericano.

NOTAS

¹ Desde una perspectiva ciertamente humorística, podemos encontrar referencias interesantes a la capacidad humana para hacer complicado aquello que resulta muy simple en los libros *El arte de amargarse la vida* y *Lo malo de lo bueno*, de Paul Watzlawick (editorial Herder), autor también de la obra *La teoría de la comunicación humana* (de la misma editorial).

² Podemos encontrar informaciones muy relevantes en este sentido en el libro *Comprender la comunicación*, de Sebastián Serrano (editorial Paidós).

³ Daniel Goleman habla en sus dos grandes obras —*El punto ciego: psicología del autoengaño* (editorial Plaza y Janés) y *La inteligencia emocional* (editorial Kairós)— del secuestro amigdalario, es decir,

del hecho de que, cuando estamos en situación de estrés, la toma de decisiones pasa por una especie de atajo que conecta antes con la parte límbica, más primitiva y que rige los ámbitos afectivos, emocionales y relacionales del cerebro, que con la cortical, con la cual nuestras reacciones resultan mucho más primarias y, por ende, conflictivas.

⁴ Puede resultar sugerente remitirse a la lectura de *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no saben leer mapas*, de Allan y Barbara Pease (editorial Amat).

⁵ Ruth Schwarz. *Idolatría del poder o del reconocimiento*. Grupo Editor Latinoamericano.

⁶ El autor contemporáneo que más ha trabajado este concepto de la complejidad es, probablemente, Edgar Morin. Encontraremos un análisis muy interesante en libros como *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* y *La mente bien ordenada* (editorial Paidós).

⁷ La resiliencia es un concepto que está adquiriendo un gran protagonismo en los contextos educativos, dado el mensaje esperanzador que comporta en el desarrollo del bienestar emocional de las personas. Tres son las obras que recogen de una forma exhaustiva este nuevo discurso: *Los patitos feos: la resiliencia, una infancia infeliz no determina la vida*, de Boris Cyrulnik; *La felicidad es posible: despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos, construir la resiliencia*, de Stefan Vanistendael y Jacques Lecomte, y *La resiliencia: resistir y construir*, de Michel Manciaux (editor). Todos ellos de editorial Gedisa.